

tra nunca olvidada Enriqueta. No pude disimular el gusto: y así, no le oculté que, si fuera posible, yo me alegraría mucho. Pues bien, me dijo, prepara tus cosas, porque he pensado que vayas con tu padre. ¡Ay, hija mía! añadió llena de lágrimas; pero no vayas á seguir el ejemplo de tu herma-

CARTA VII.

ALINA PILVERT Á CAROLINA DE BALTY.

San B.

Mi padre me encarga, señorita, que le informe de nuestro viaje á Paris, y yo lo hago con tanto mayor gusto, cuanto que me asegura que vd. no se cansará de leer unos detalles que se refieren á nuestra querida Enriqueta, á quien tuve el placer de ver y de abrazar.

Mi padre, como vd. sabe, debía salir de aquí el 8 de Marzo, y aunque yo tenia muchas ganas de acompañarlo, no me atrevia á decirselo á mi madre, porque creia que era preciso quedarme aquí, por el nacimiento de la hija de Elisa, que está perfectamente: ella misma la cria, y en el bautismo le pusieron Enriqueta. No sé si mi buena madre adivinó los deseos que tenia; pues una tarde que estaba yo algo triste, me preguntó sonriéndose: si no querria ir á darle un abrazo de su parte á nues-

tra nunca olvidada Enriqueta. No pude disimular el gusto: y así, no le oculté que, si fuera posible, yo me alegraría mucho. Pues bien, me dijo, prepara tus cosas, porque he pensado que vayas con tu padre. ¡Ay, hija mía! añadió llena de lágrimas; pero no vayas á seguir el ejemplo de tu hermana. . . . No me opondria ciertamente, como no lo hice con ella, á que te entregues á Dios, si te da la vocacion; pero tú estás todavía muy jóven. . . . Además, ya ves que cada dia estoy peor de salud, y necesito que me cuides, así como á tus hermanos chicos. . . .

La interrumpí para tranquilizarla, diciéndola: que habiendo consultado muchas veces al Señor, no he sentido nunca atractivo por la vida religiosa.

Puedo equivocarme; pero me parece que la Providencia me destina para cuidar de mis padres. ¿No cree vd., como yo, señorita, que es muy justo que uno de sus seis hijos se dedique enteramente á ellos, y les corresponda en su vejez los cuidados, la solicitud y el cariño que nos han prodigado tan libremente desde que nacimos?

En una palabra: admiro mucho á Enriqueta, apruebo lo que hizo Elisa; pero no pienso imitar á ninguna de las dos.

«Dispense vda. que me haya ocupado de mí en vez del asunto que me proponía y que os debe interesar mucho más, por lo que desde luego entro en él.

«Nuestra primer salida, una vez llegadas á París, fué, como vd. supondrá, á la Casa Central de las Hermanas, donde preguntamos por Enriqueta. Despues de haberla esperado mucho tiempo, para nuestro deseo de verla, se presentó por fin. Aunque nos estaba esperando de día en día, fué grande su alegría al vernos, y se entregó á ella enteramente, á pesar de ir acompañada de una hermana anciana, que por discrecion se separó en cuanto supo quiénes éramos. Estuvimos como media hora con Enriqueta, que no cesaba de informarse de todas las personas que le son queridas: apenas nos dejó tiempo de preguntarle si seguía contenta en su nueva vida.

«¡Ay! nos respondió, poniendo su mano en el corazón, ¿cómo no habia de estar? ¡Si soy tan feliz! ¡Dios me colma de muchas gracias y consuelos...

«Sí, es ella muy feliz, no es posible negarlo. La serenidad de su rostro, sus palabras, todo respira en ella un perfume de paz y de felicidad; y es también una prueba irrecusable el estado de su salud, que se ha mejorado tanto, que mi padre me decía ayer: «No cabe duda, Enriqueta es una planta de

licada que Dios ha creado solo para él, y que no puede vivir sino á la sombra de sus altares.»

«Durante quince dias, la estuvimos mirando con bastante frecuencia, y todo, en sus palabras y en sus acciones, nos probó que está contenta del partido que ha tomado. Una semana ántes del día de la Encarnacion, nos avisó que no nos podría ver en diez dias, lo que me dió mucho pesar; pero las novicias iban á entrar á ejercicios, y ella nos pedia que la encomendáramos mucho á Dios. Le pregunté por qué necesitaba tanto de nuestras oraciones, y me contestó que era porque al fin de esos ejercicios se les da el santo hábito á algunas de las novicias.

«¿Y tú esperas recibirlo? le dije. No me atrevo á esperarlo, respondió suspirando. Por lo demás, añadió con esa sonrisa tan agraciada que vd. le conoce, mis superioras saben mejor que yo lo que me conviene, y si creen prudente prolongar mi estancia aquí, no me quejaré: soy tan feliz aquí, que no podria hacerlo sin ser muy ingrata para con Dios y mis superioras.

«¿Y cuando te vistan el traje de hermana de la Caridad volverás por nuestras cercanías? — No, respondió, moviendo tristemente la cabeza; no volveré nunca á mi querido país natal. Ja-

más nos mandan adonde habita nuestra familia; según dicen, es una medida muy prudente, y yo la creo así. . . .

—¿Pues adónde irás?

—No lo sé. Pero iré siempre adonde Dios quiera que vaya, y esto me basta.

¡Qué! exclamé, si te dicen que vayas á la India. . . . ?

—No dudaría ni un momento en obedecer, interrumpió con viveza.

—Qué duro ha de ser expatriarse así, dije en voz baja tristemente.

Nina, replicó abrazándome, qué de otro modo pensarías, si hubieras experimentado como yo, lo dulce y consolador que es renunciar á su propia voluntad para hacer en todo la de nuestro divino y buen Maestro. . . . !

En este momento volvió mi padre, que nos había dejado para ir á hablar con la Superiora. Su presencia puso fin á nuestra conversacion; parecia triste, preocupado, y no tardamos en separarnos de Enriqueta que se despidió hasta el 26 de Marzo.

Las hermanas que la presenté se habían retirado casi Estuvimos con exactitud, y aun algo ántes de la hora señalada, la que nos pareció que tardaba mucho. Para entretener el tiempo, me estuve

más nos mandan adonde habita nuestra familia; dando de vueltas en el recibidor, mirando con detenimiento las imágenes piadosas colgadas en la pared, cuando de repente se abrió la puerta y entró una hermana de aspecto respetable, y detrás otra, enteramente eclipsada por la que iba por delante. Algo mortificada por la entrada de esa persona desconocida la saludé, é iba á seguir mirando los cuadros, cuando noté que era Enriqueta, que, habiendo dejado el traje tan feo de las novicias, llevaba el de las Hermanas de la caridad: parecia colmada de gozo, y nos lo probó con sus palabras que todas respiraban un perfume de amor y de caridad. ¡Oh! ella no siente sacrificar su juventud y su hermosura al Señor, y no cambiaría su suerte por todos los tesoros del mundo!

No se puede vd. imaginar lo bonita que se ve con su corneta blanca; se lo estaba yo diciendo así á mi madre esta mañana, y me dijo: «Tanto mejor; no podrán decir que se ha consagrado á Dios porque el mundo la desechó; pues que tiene todo lo necesario para agrandar, brillar, y hacerse amar en él.»

La hermana que la presenté, se había retirado casi inmediatamente para dejarnos con más libertad; volvió al cuarto de hora, y Enriqueta me dijo que era la maestra de novicias. «Si la trataras, agre-

gò, la habías de querer mucho, porque es la bondad misma: así, llegada la vez, me he de separar con mucho sentimiento, y estoy segura de que ella tambien lo ha de sentir. ¿No es verdad, nuestra madre? continuó dirigiéndole la palabra: ¿no es verdad que le ha de causar pena, el que me aparten de vuestra direccion?

A esta pregunta, la hermana, que estaba felicitando á mi padre, por la conducta ejemplar que habia tenido Enriqueta durante su noviciado, se volvió hácia nosotros, y sonriendo respondió:

Esa es mucha presuncion: ¿creeis que ya no puedo estar sin tí?

—Con todo, yo creo que vd. me sentirá.

—No, porque estoy segura que en cualquiera parte en que estés, trabajarás en hacer bendecir el nombre y la bondad del Señor.

Enriqueta se puso muy colorada, y la maestra de novicias continuó: Lo conseguirás, hija mia, siguiendo como hasta aquí, en ser sumisa con tus superiores, indulgente con tus compañeras, llena de celo por la gloria de Dios, y fiel á los deberes de nuestro santo estado.»

—Hermana, replicó mi padre: va vd. á hacer que se envanezca nuestra querida Enriqueta. . . . la alaba vd. demasiado. . . .

—No, no tema vd., señor, que esta mi querida hija se envanezca con mis palabras, interrumpió la Maestra de novicias, sabe ella bien que lo bueno que tenemos nos viene de la bondad del Señor; que si fiel á la gracia ha correspondido á la vocacion divina que la llamaba aquí, lo debe, en parte, á la educacion santa y piadosa que vd. le dió. A vd., despues de Dios, le debe el favor que ha merecido recibir ayer. Con todo, como no ignora que el camino que se abre ante ella es áspero y difícil á la naturaleza, va á pedirle que vd. la fortalezca con su bendicion.»

—¡Ah! sí, padre mio, exclamó Enriqueta poniéndose de rodillas ante él, bendecidme una vez más; Dios sostiene y protege á los hijos bendecidos por sus padres.

Condescendió mi padre: en seguida hizo que se levantara, la abrazó y ví correr gruesas lágrimas de sus ojos.

—« Y tú tambien, amada Enriqueta, le dijo despues de un rato de silencio, ruega á Dios por mí y por todos nosotros para que, separados en esta vida por su voluntad, tengamos la dicha de vernos reunidos en la gloria, cuyo camino más seguro y más corto has tomado tú, querida hija mia. . . .»

¡Ah, señorita, qué dichosas somos, mis herma-

nas y yo, en tener unos padres tan cristianos como los que tenemos, que no pierden la ocasion de excitarnos á la virtud y al amor de Dios.

Con todo eso estábamos Enriqueta y yo tan conmovidas, que no podíamos hablar palabra: la estimable Maestra de novicias lo notó sin duda, y temiendo que mis lágrimas debilitasen el fervor de mi hermana, procuró distraernos, diciendo:

Sor Enriqueta, ¿dónde están las cosas que ha hecho vd. para enviarlas á su familia?

No la dejó casi acabar Enriqueta, sino que sacó de sus enormes bolsas una docena, por lo ménos, de curiosidades y juguetes, y poniéndolas sobre la mesa, me fué diciendo las personas á quienes queria que se entregasen.

Al llegar al objeto destinado para vd., y que le remito ahora, me dijo:

«Alina, no dejes de escribirle á Carolina y de asegurarle que la quiero más que nunca. ¡Ay! no sé cómo pueden decir que la religion deseca el corazon; sin duda que los que así hablan no tienen la dicha de conocerla: en cuanto á mí, me parece que cuanto más amo á Dios, tanto más se enciende mi afecto, y mi amistad se purifica y aumenta.»

Me hizo algunos otros encargos para mi madre,

Elisa y su marido: no olvidó á nadie; nuestra vieja nana; en fin, todos nuestros criados tuvieron un recuerdo suyo.

Y fué forzoso separarnos: como yo creía volverla á ver muy pronto, lo hice sin que me costara mucho, no presintiendo la verdad, aunque si me pareció que mi padre estaba más triste y más conmovido que de costumbre. ¡Ay! era porque sabia que no la habíamos de volver á abrazar. La Superiora general le habia avisado que al dia siguiente salia temprano para Burdeos, que era el punto á que estaba destinada. A mí no me lo quisieron decir temiendo que nuestra despedida fuera muy dolorosa. ¡Ay! ¿qué no volveré á ver nunca á esta buena y piadosa Enriqueta?

Al concluir esta carta tan larga, permítame vd., señorita, que os asegure que me creeré muy dichosa si, como hermana de la que vd. tanto apreciaba, logro yo ocupar un lugar en su estimacion. Conozco que no merezco de ningun modo ese favor, si no es que vd. crea que es algun titulo el deseo que tengo de obtenerlo: estimaré tanto más su amistad, cuanto sé todo el precio que le da nuestra querida Enriqueta: si acaso la alcanzo, será un consuelo en la pérdida de una hermana virtuosa, cuyos consejos me serian tan útiles.